

quisieron resistir á tales sentimientos, pero siempre con éxito mas aparente que real, mas parcial que general. Los hombres que derribaban las imágenes en las catedrales no pudieron hacer lo mismo con las que habian echado raíces en el alma. Sería fácil probar que la propia regla es aplicable á la política: las doctrinas no excitan, por lo general, un vivo sentimiento público, hasta que se les dan formas corpóreas, y el pueblo se interesa mas por la escarapela y por los nombres de ménos significacion que por el principio mas esencial.

Inferimos de tales consideraciones que todo poeta que aspira á la exactitud metafísica, cuya falta se reprende á Milton, sufrirá la vergüenza de una derrota. Otro extremo habia tambien que, aunque ménos peligroso, convenia evitar. El entendimiento humano pugna en gran parte con sus opiniones; el arte mas exquisito en materia de colorido poético no producirá la menor ilusión si trata de representar lo que desde luego ofusca los ojos como inconsecuente y absurdo. Milton escribía en un siglo de filósofos y de teólogos; érale, pues, necesario, no chocar con el juicio de estos, rompiendo así el encanto que pretendía ejercer sobre sus fantasías: lo cual explica las definiciones vagas que se le reprenden. Johnson confiesa que no podía ménos de revestir sus espíritus de formas materiales; « pero (añade) hubiera debido salvar su sistema teniendo fuerza de alcance la esencia inmaterial de aquellos, y haciendo de modo que el lector pensase en esto lo ménos posible. » Fácil es decirlo; pero ¿y si no hubiese logrado el objeto que buscaba? ¿y si la opinion contraria se hubiese arraigado en el ánimo de sus lectores hasta el punto de no consentir siquiera la *cuasi*creencia que la poesía exige? Probablemente así hubiera sucedido. Era imposible al poeta adoptar por completo el sistema material ó el inmaterial; de consiguiente, se situó en un terreno neutral, dejándolo todo ambiguo. Así se expuso, no cabe duda, á la tacha de incoherencia; pero aunque filosóficamente haya errado, creemos que poéticamente tuvo razon. Lo que á cualquiera otro hubiera sido impracticable, le fué fácil á él; su arte especial de comunicar el pensamiento de una manera indirecta, valiéndose de una larga serie de ideas asociadas, y de dar á las palabras otro sentido del que expresan, le permitió encubrir las inconsecuencias que no le era posible evitar.

La poesía que se refiere á seres sobrenaturales, debe ser al propio tiempo misteriosa y pintoresca: tal es la de Milton. La de Dante es, ciertamente, pintoresca como ninguna; su efecto se parece al que producen el pincel ó el buril; pero no tiene nada de misteriosa. Culpa disimulable, como inherente al plan de su poema, el cual, segun dijimos, necesitaba la descripción mas circunstanciada; pero que

siempre es culpa. Sus actores sobrenaturales excitan interés; pero no el interés que corresponde á actores sobrenaturales: podríamos conversar con sus fantasmas, con sus demonios, sin sentir aquel terror que se experimenta ante seres que no son de este mundo; podríamos, como Don Juan, convidarlos á cenar y no perder el apetito; sus ángeles son hombres virtuosos con alas; sus diablos, esbirros deformes y perversos; sus muertos son vivos colocados en una situación extraordinaria. Célebre es con razon su escena entre el poeta y Farinata; y sin embargo este, en su sepulcro de fuego, no se diferencia de lo que sería Farinata en un auto de fe. Nada mas tierno que la primera entrevista de Dante con Beatriz; empero esta no es mas que una mujer amable que reprende, con dulzura austera y tranquila, al amante cuyo afecto reconoce, sin dejar de censurar sus vicios. Los sentimientos que forman el interés de este pasaje, estarian lo mismo en las calles de Florencia que en la montaña del purgatorio.

No conocemos ningun poeta cuyos espíritus se parezcan á los de Milton; no son abstracciones metafísicas, ni hombres malvados, ni animales horribles, ni tienen cuernos ni rabo, ni ningun otro de los atributos grotescos de los diablos del Tasso y de Klopstock: no tienen de comun con la naturaleza humana sino lo que se requiere para que los hombres los comprendan; sus caracteres, así como sus figuras, son notables por cierta lúgubre semejanza con las de los hombres, si bien sus dimensiones aparecen gigantescas y veladas de una misteriosa nube. Quizá ofrecen alguna analogía con los dioses y los demonios de Esquilo. En el estilo del trágico griego se advierte algo de esa vaguedad que caracteriza á la poesía oriental, y lo mismo en su mitología. No tiene la elegancia ni los encantos que admiramos en las supersticiones griegas; en él todo es áspero, rudo, solemne; sus leyendas parecen mucho ménos en armonía con los prados balsámicos y los elegantes pórticos, donde la Grecia dirigía sus súplicas al dios de la luz y á la diosa de los tiernos deseos, que no con los vastos y pesados laberintos de granito eterno en que el Egipto colocaba al misterioso Osiris, y los que aun ven al Indio postrado ante sus ídolos de siete cabezas. Los númenes que prefiere son los de las generaciones primitivas, los hijos del cielo y de la tierra, en comparacion de los cuales el mismo Júpiter es un jóven de creacion reciente: los Titanes gigantescos, las Furias inexorables. En medio de todos ellos surge Prometeo, mitad demonio, mitad redentor, amigo del hombre, sombrío é implacable hijo del cielo. Prometeo ofrece sin duda una viva semejanza con el Satanás de Milton; en uno y otro igual impaciencia por dominar, igual audacia feroz, igual orgullo indómito, y aunque en proporciones muy diversas, algunos sentimientos de generosidad. Sin embargo, Prometeo no es tan

sobrehumano como quisiéramos; habla demasiado de sus cadenas, de su violenta posicion; está demasiado oprimido, demasiado agitado; su firmeza parece depender del secreto que posee, de que tiene en sus manos la suerte de su vencedor, de la esperanza de que ha de sonar un día la hora de su libertad. Satanás es criatura de otra especie; la energía de su naturaleza intelectual triunfa del tormento que le devora; víctima de angustias inconcebibles, delibera, decide y hasta se exalta á fuerza de valor. Contra la espada de Miguel, contra el rayo de Jeová, contra el lago hirviente y el sólido fuego, contra la perspectiva de una eternidad de miserias, su carácter permanece indómito, apoyándose en su propio vigor, no pidiendo auxilio á nada extraño á sí mismo, ni aun á la esperanza.

Para concluir con el paralelo entre Milton y Dante, añadiremos que la poesía de estos dos grandes hombres refleja muchas de sus cualidades morales. No son egoístas; no se parecen á los modernos mendigos de gloria literaria, que arrancan alguna limosna de elogio á la compasiva inexperiencia, exponiendo la desnudez y las úlceras de sus almas; con dificultad se encontrarán dos poetas cuyas obras reflejen mas, aunque sin intencion, los colores de sus sentimientos personales.

El carácter de Milton era notable especialmente por la elevacion de sus ideas; el de Dante por la intensidad de su sentimiento. En cada verso de la *Divina Comedia* vemos la aspereza producida por el orgullo en lucha con la desesperacion, y quizá no existe en el mundo una obra mas profunda y uniformemente melancólica. La melancolía del Dante no era un capricho, una fantasía; no era, en cuanto permite juzgar la distancia, el resultado de circunstancias exteriores, sino que procedía de dentro. Ni el amor, ni la gloria, ni las luchas de la tierra, ni la esperanza del cielo podian disiparla; echaba á perder todo consuelo, todo goce, semejante á aquel suelo malo de la Cerdeña cuya amargura dicen se hace sentir hasta en la miel. El alma del Dante era, segun la noble expresion del poeta hebreo, « una tierra de tinieblas como las mismas tinieblas, donde la luz era como las tinieblas. » Este lóbrego carácter doscolora todas las pasiones de los hombres y la faz de la naturaleza, reflejando su tinta livida hasta en las flores del paraíso y en los rayos del trono eterno. Los retratos mismos de Dante son característicos; aquellas facciones austeras hasta la rigidez, las mejillas surcadas de arrugas, la mirada severa, fija, el pliegue despreciativo del labio, ¿no revelan al hombre demasiado orgulloso y sensible para haber sido feliz?

Milton era, como Dante, patriota y político, como él desgraciado en política y en amor; sobrevivió á la salud y á la vista, á la felicidad del hogar doméstico y á la prosperidad de su partido. De los grandes hombres que le habian distinguido en sus primeros años, la muerte

habia preservado á algunos de su parte de desgracia, otros llevaron á suelo extranjero su invencible odio á la opresion, quienes gemian en las cárceles, quienes habian vertido su sangre en el patíbulo. Aquella odiosa proscripción, iróhicamente llamada acto de reparacion y de olvido, habia marcado al pobre poeta ciego, y le designaba por su nombre al rencor de una corte de libertinos y de un pueblo inconstante. Escritores de pluma venal y licenciosa eran entonces los autores favoritos del soberano y del público; turba infame y que no podia compararse mejor que con la caterva de monstruos grotescos del *Comus*, medio animales y medio hombres, glotonas pasados de vino y que se entregaban á obscenas danzas. Entre aquellos poetastros, la musa de Milton era como la casta heroína del poema, noble, digna, pura, serena, señalada con el dedo y saludada con burla por semejantes sátiros y genios malignos. Si ha habido hombre capaz de justificar su despecho y su misantropía, fué Milton; pero la energía de su alma se sobrepuso á la desdicha. Ceguera, gota, vejez, indigencia, aflicciones domésticas, desengaños políticos, ultrajes, proscripciones, aislamiento, no consiguieron turbar su tranquila y majestuosa paciencia. Su humor, aunque no alegre, era siempre igual; tenia un carácter serio, quizá hasta austero, pero de esos que el padecimiento no convierte en irascibles. Cual se le vió al inaugurarse los grandes acontecimientos de su siglo, á la vuelta de sus viajes, en el vigor de la edad, radiante de varonil belleza, cargado de coronas literarias, henchido de esperanzas patrióticas, tal fué siempre, cuando, despues de experimentar todas las adversidades de la vida humana, viejo, pobre, ciego, sin amigos, se retiró á morir en su miserable casa.

De donde resultó que, aunque compuso el *Paraíso perdido* en una edad en que las imágenes de la belleza y de la ternura comienzan generalmente á decaer hasta en los ánimos que resistieron siempre al desaliento y á los desengaños, adornó su poema de cuanto hay de hermoso y dulce en el mundo moral. Ni Teócrito ni Ariosto poseían un sentimiento mas delicado y fresco de la naturaleza exterior; ninguno de los dos amaba mas que él las flores doradas por el sol, el canto del ruiseñor, las sabrosas frutas y las fuentes murmurando á la sombra de los árboles. Su idea del amor reúne toda la voluptuosidad del haren oriental y toda la galantería del torneo caballeresco, con el puro y tranquilo afecto del hogar doméstico de la vieja Inglaterra. Su poesía recuerda el maravilloso paisaje de los Alpes, donde se descubren de improviso encantados valles sobre las mas escabrosas cimas, donde el rosal y el mirto florecen al borde del alud.

El sello particular del carácter de Milton se nota en todas sus obras, pero especialmente en los sonetos. Estas notables composiciones han sido deprimidas por criticos que no compren-

dieron su índole. No tienen el chiste epigramático ni la delicadeza de Filicaja en la idea; tampoco tienen el espléndido estilo del Petrarca; son sencillos, pero solemnes trasuntos de las impresiones del poeta, que, lo mismo que el diario de su vida, no se escribieron para el público. Una victoria, el ataque de una ciudad, un momentáneo acceso de desaliento ó de alegría, una burla lanzada á alguno de sus libros, un sueño que por un instante le reproducía la imagen de aquella belleza que el sepulcro abrigaba para siempre, tales eran las circunstancias que exaltaban su fantasía y que delineaba naturalmente en sus versos. La unidad de sentimiento y la severidad de estilo que caracterizan estas pequeñas composiciones, les dan cierta semejanza á la antología griega, ó mejor aun á las *colectas* de la liturgia anglicana. La diatriba contra la matanza de los valdenses es una colecta en verso.

Los sonetos interesan mas ó ménos, segun que las ocasiones á que han debido su origen son mas ó ménos interesantes; pero casi todos están ennoblecidos por una sabiduría y grandeza de alma que nos parece sin igual. No sería prudente juzgar el carácter de un escritor por pasajes directamente personales; pero las cualidades que hemos atribuido á Milton, aunque tal vez mas vigorosamente impresas en aquellas partes de sus obras donde domina su emoción individual, se distinguen también en cada página, y prestan á cuanto escribe, prosa ó poesía, inglés, latin ó italiano, una admirable semejanza de familia.

La conducta pública de Milton fué cual debía esperarse de un alma tan elevada, de una inteligencia tan poderosa. Vivió en una de las épocas mas memorables de la historia, en la crisis del gran conflicto entre Oromázes y Ariánés, entre la libertad y el despotismo, entre la razón y la preocupacion. Esta gran batalla no se dió por una generacion sola y para un solo país; pues los destinos de la raza humana estaban en el mismo platillo de la balanza que la libertad del pueblo inglés. Entónces por primera vez se proclamaron los principios que luego se abrieron paso en el fondo de los bosques americanos, que libertaron á la Grecia de una servidumbre y una degradacion de dos mil años, y que resonaron en todo el mundo.

Milton fué el mas adicto y absoluto campeón literario de tales principios. Admiradores de su conducta política, no podemos disimular que muchos de sus conciudadanos la consideran aun injustificable. En efecto, la guerra civil fué mas controvertida y es ménos comprendida que otro hecho cualquiera de la historia inglesa. Los Cabezales redondas tuvieron la desventaja de que tanto se queja le leon de la fábula; triunfaron, pero debían pintarlos sus enemigos. Como facción, habían hecho todo lo posible para desacreditar y perder la literatura, y la literatura vengó sus agravios, como hará tarde ó temprano con todos los que esgrimen armas

contra ella. Su mejor libro son las *Memorias de la señora Huichinson*. La *Historia del parlamento* de Muy es buena, pero queda interrumpida en el momento mas interesante de la crisis. Ludlow produjo tan solo un libro violento y absurdo. La mayor parte de los escritos modernos, afiliados á la misma causa, por ejemplo, Oldmixon y Catalino Macaulay, se distinguieron mas por su celo que por su candor y talento. En el bando opuesto están las obras históricas mas populares de la literatura inglesa, como las de Clarendon y Hume. La del primero está escrita, no solo con arte, sino con un aire de decoro y sinceridad que hace respetables hasta sus errores y preocupaciones. Hume, á quien aprecia aun la generalidad de los lectores, fascinada por la gracia de su relato, odiaba la religion hasta el punto de aborrecer la libertad porque se había asociado á ella, y defendió la causa de la tiranía con la habilidad de un abogado, afectando sin embargo la imparcialidad de un juez.

La conducta política de Milton es aprobada ó condenada segun parece justificable ó criminal la resistencia del pueblo á Carlos I. Permitáse nos, pues, tocar esta importante cuestion. No argumentaremos sobre generalidades; no acudiremos á aquellos principios primordiales, de que debe deducirse el derecho de obediencia que todos los gobiernos reivindicán. Podríamos colocarnos con ventaja en ese terreno, pero renunciámos á él; y confiando en nuestra fuerza imitarémos la altiva generosidad de esos antiguos caballeros que juraban entrar en liza sin yelmo ni escudo contra cualquier enemigo, y conceder á sus antagonistas la ventaja del viento y el sol. Sin mas armas que la cuestion constitucional, nos atreverémos á afirmar que todas las razones aducibles en favor de la Revolucion de 1688, son igualmente alegables en favor de la que se denomina gran Rebelion.

Bajo un solo aspecto pudieran los mas ardientes admiradores de Carlos pretender que el padre fué mejor soberano que el hijo; no era papista ni de nombre ni de creencia: lo decimos, porque el mismo Carlos, y Laud, su miserable hechura, abjurando la inocente enseña del papismo, conservaron sus vicios, esto es, la total sumision de la razón á la autoridad, la preferencia de la forma al fondo, la pasion pueril de las representaciones, la veneracion idólatra del carácter sacerdotal, y sobre todo una estúpida y feroz intolerancia. Pero prescindamos de esto; concedamos que Carlos fué buen protestante; pues así y todo, sostendrémos que su protestantismo no introdujo la menor diferencia entre su causa y la de Jacobo.

Los principios de la Revolucion, tan á menudo desnaturalizados, no lo son nunca mas groseramente que por esa clase de personas que, declarando respetar los grandes nombres y las grandes acciones de lo pasado, solo buscan en ellas una excusa de los abusos existentes. Dejando á un lado lo esencial, no aprovechan

sino lo accidental, apartan los ojos de lo que es saludable, y proponen á la imitacion pública lo que merece vituperio. Si en algun memorable ejemplo de la historia hay una pústula, estos zánganos de la corrupcion política tienen un instinto seguro para distinguirla, y se arrojan sobre ella con voraz deleite. No siempre logran impedir que los promovedores de una buena medida alcancen su objeto; pero conocen como Satanás, que « su mision es pervertir este objeto, y sacar del bien un arma para el mal. »

Semejantes individuos permanecen insensibles á todos los beneficios que Inglaterra reportó de la Revolucion. La expulsion de un tirano, el solemne reconocimiento de los derechos del pueblo, la libertad, la seguridad, la tolerancia, no son nada para ellos: hubo una secta á la que, por causas desgraciadas, pero transitorias, se creyó necesario aplicar providencias excepcionales y extralegales; hubo una parte del imperio británico tan fatalmente situada con respecto á las otras, que en aquella época su infelicidad fué necesaria á la fortuna, y su servidumbre á la libertad de los Ingleses. Los políticos de que hablamos se complacen en contemplar estas culpas de la Revolucion, y con ellas equilibran en cierto modo, ó á lo ménos palián el bien que produjo. Si se los cita á Nápoles, España, la América del Sur, se muestran celosos campeones de la doctrina del derecho divino, que despues de deportado volvió á nosotros, como un ladron, bajo el nombre de legitimidad. Pero si se les habla de las miserias de Irlanda, entónces Guillermo es un héroe, Sommers y Shrewsbury dos grandes hombres, la Revolucion una época gloriosa, y las mismas personas que no pierden ocasion de resucitar todas las calumnias de los jacobitas sobre los whigs de entónces, brindan en Irlanda por esa inmortal memoria.

Los atrevidos asertos de tales críticos persuadieron hace poco á una parte del público, que Jacobo II había sido expulsado por el solo motivo de ser católico, y que la Revolucion de 1688 era esencialmente protestante. No fué así sin embargo; y los mismos que no conocen la historia de aquel tiempo mas que por el compendio de Goldsmith, creen que si Jacobo hubiese conservado sus opiniones religiosas sin desear hacer prosélitos, ó si se hubiera contentado con ejercer, para lograrlo, tan solo su influencia constitucional, jamás se invitara al príncipe de Orange á desembarcar en Inglaterra. Nuestros abuelos sabían el valor de las palabras que empleaban, y si hemos de creer estas, su hostilidad se dirigía al principio, no al papismo, sino á la tiranía. No expulsaron á un tirano por ser católico, sino que excluyeron á los Católicos de la Corona porque desconfiaban de su tendencia á la tiranía. ¿En qué razones fundaron la famosa Revolucion declarando vacante el trono? *Jacobo II había violado las leyes fundamentales del reino*. Todo el que

aprueba la Revolucion de 1688, cree que la violacion de las leyes fundamentales por parte del soberano justifica la resistencia de los súbditos. La cuestion debe, pues, plantearse como sigue: ¿Carlos I había violado las leyes fundamentales de Inglaterra?

No podrá negarlo quien no niegue todo crédito, no solo á las acusaciones dirigidas contra Carlos por sus enemigos, sino también á las narraciones de los realistas mas celosos y á lo depuesto por el rey mismo. Si se encuentra la verdad en un historiador ó partido, cualquiera que sea, el cual haya referido las sucesos de aquel reino, se verá que la conducta de Carlos, desde que subió al trono hasta la convocacion del parlamento Largo, fué una serie de traiciones y de actos opresivos. Los que aplauden la Revolucion y condenan la rebelion, citen un acto de Jacobo II que no tenga equivalente en su padre; designen un solo artículo de la declaracion de derechos presentado por el parlamento á Guillermo y María, que Carlos no haya violado. Por confesion de sus amigos, había usurpado las funciones legislativas, cobrado impuestos no votados por las cámaras, vejado ilegalmente al pueblo con alojamientos de tropas y guarniciones. Ninguna legislatura había concluido sin algun ataque inconstitucional contra la libertad de los debates; el derecho de peticion había sido vilipendiado; juicios arbitrarios, multas exorbitantes, prisiones sin formacion de causa, eran actos de todos los dias, do todas las horas. Si estos actos no justifican la resistencia, la Revolucion fué una traicion; si la justifican, la rebelion merece elogio.

Pero, dicen ¿por qué no proceder con mas suavidad? ¿Por qué, habiendo consentido el rey en tantas reformas y renunciado á tantas prerogativas opresoras, el parlamento continuó aumentando sus peticiones, á riesgo de provocar una guerra civil? La contribucion sobre los buques yacia abandonada; estaba abolida la cámara Estrellada; precauciones y estatutos garantizaban en lo sucesivo la frecuente convocacion de los parlamentos, y aseguraban que se respetarian sus deliberaciones. ¿Por qué no aspirar á obtener ese fin, sin duda laudable, por medios pacíficos y regulares?

Acudamos otra vez á la analogía de la Revolucion. ¿Por qué se expulsó al rey Jacobo? ¿Por qué no se le conservó con pactos? También él había ofrecido convocar un parlamento libre, y someterle la decision de todas las controversias. Sin embargo, los Ingleses se alaban de haber preferido una revolucion, una sucesion disputada, una dinastía extranjera, veinte años de guerra exterior y civil, un ejército permanente, una deuda nacional al gobierno, aunque restringido, de un tirano conocido y experimentado. El parlamento Largo obró conforme al mismo principio, y tiene derecho á iguales alabanzas; no podia fiarse del rey. Este había sancionado ciertamente leyes útiles; pero ¿qué seguridad había de que no las violase? Había

renunciado á prerogativas opresoras; pero ¿qué garantía daba de que no las volviese á reclamar? Se trataba de habérselas con un hombre al que no podía encadenar ningun lazo, que prometia y olvidaba con igual facilidad. El parlamento está en mejor terreno que la convencion de 1688. Ningun acto de Jacobo puede compararse á la imprudente conducta de Carlos respecto á las peticiones de derechos. Los lores y los Comunes le presentan un bill en que se determinan los límites de su poder constitucional; vacila, elude, hasta regatea su consentimiento. Acuerdan concederle los cinco subsidios que pide; el bill recibe su sancion solemne, se votan los subsidios, y en seguida el tirano vuelve á seguir el curso de sus arbitrariedades, contra todo lo prometido, y viola una por una las cláusulas del documento que se le habia pagado al contado.

Durante otros diez años vió el pueblo quebrantar derechos que le pertenecian por doble título, á saber: una herencia de tiempo inmemorial y un contrato reciente, cuando al fin las circunstancias obligaron á Carlos á convocar un nuevo parlamento. Otra vez se ofrecieron probabilidades de libertad á los que habian sido pérfidamente burlados: ¿debian perderlas tambien? ¿debian dejarse de nuevo fascinar por la frase: *El rey lo manda?* ¿Seguir anticipando su dinero sobre prendas de cuyo ningun valor no podian quedar ya dudas? ¿Depositar otra peticion de derechos á los piés del trono, consentir otro subsidio en cambio de otra ceremonia ridícula, y despues marcharse, hasta que, pasados otros diez años de fraude y opresion, el príncipe volviese á necesitar dinero y se lo proporcionase con otro perjurio? Obligados á elegir, entre fiarse de un tirano ó derribarle, creemos que su eleccion fué sábia y noble.

Los defensores de Carlos, como todos los abogados de los reyes á quienes abruma la evidencia de las pruebas, se niegan generalmente á disputar sobre hechos, contentándose con hacer la apología del carácter de su cliente. ¿Tenia tantas virtudes privadas! Pero ¿faltaban acaso á Jacobo? ¿No las tenia tambien el mismo Cromwell, á quien reputaban débil sus mas encarnizados enemigos? Por último, ¿qué virtudes eran esas atribuidas á Carlos? La piedad; pero ¿era esta mas sincera que la de su hijo? No; aunque no fuese ménos débil ni ménos mezquina. Añádanse algunas buenas cualidades domésticas, como esas que decoran la mitad de las losas sepulcrales de nuestros cementerios: *Buen padre, buen esposo...*; buenas excusas, ciertamente, por quince años de persecucion, de tiranía, de perfidia!

¿Le acusamos de haber violado el juramento de su coronacion? Responden que fué fiel al de su matrimonio. ¿Le acusamos de haber expuesto á su pueblo al implacable rigor del mas pertinaz y duro prelado? Responden que tomó á su hijo sobre sus rodillas y le besó. ¿Le re-

prendemos que faltó á los artículos de la peticion de derechos, prometida con contrato reciproco? Nos revelan que acostumbraba á orar á las seis de la mañana. Á tales consideraciones, á sus muebles pintados por Vandyk, á su fisonomía dulce y bella, á su barba puntiaguda, debe en nuestro concepto la popularidad de que goza en la generacion actual.

En cuanto á nosotros, nos cuesta tanto trabajo comprender la frase vulgar: *Hombre honrado, pero mal rey*, como concebir un hombre de bien que al mismo tiempo sea padre desnaturalizado ó pérfido amigo. Al apreciar el carácter de un hombre no podemos prescindir de examinar su conducta en las mas importantes de todas las relaciones sociales; y si nos parece egoísta, cruel, embustero, nos tomaremos la libertad de llamarle malo, á pesar de su templanza en la mesa y de su asidua asistencia á la capilla.

Toquemos aun otro argumento que alegan los defensores de Carlos. « Si gobernó mal á su pueblo (dicen), le gobernó á lo ménos segun el ejemplo de sus predecesores; si violó los privilegios, provino de que no estaban bien determinados. No se le imputó ningun acto opresivo que no tenga otro análogo en los anales de los Tudor. » Hume se sirvió de este argumento con un arte admirable para una arenga, pero que desacredita una historia. La respuesta es clara, breve, decisiva. Carlos habia concedido su asentimiento á la peticion de derechos; habia renunciado á todos los privilegios opresivos que se pretende ejercieron sus predecesores, y renunciado por un precio no pequeño: ningun título tenia, pues, para reivindicar pretensiones caducadas despues de tal renuncia.

Nuestras réplicas son de una lógica tan evidente que sería supérfluo insistir en ellas; pero los que saben cuánto se trabaja por desnaturalizar los acontecimientos de aquella época, nos agradecerán que hayamos refutado, con la simple exposicion de la causa, todo lo que se repite tan á menudo.

Los enemigos del parlamento no se cuidan, es verdad, de argumentar sobre los puntos esenciales de la cuestion; prefieren referir algunos de los delitos inevitables en toda conmocion política; lamentan la inmerecida suerte de Strafford, reclaman contra las violencias del ejército; se burlan de los nombres bíblicos de los predicadores, de las extorsiones de los generales, de los robos de los soldados, de las pingües ganancias de los cobradores de impuestos. Estas acusaciones nos importan poco; aunque fuesen mas graves no alterarían nuestra opinion sobre un acontecimiento á que Inglaterra debe sus presentes franquicias. Sin duda produjo muchos males la guerra civil; pero su precio fué la libertad: es propio del demonio de la opresion herir y mutilar los cuerpos que abandona: ¿son acaso los tormentos de una prolongada obsesion ménos horribles que la espantosa crisis del exorcismo?

Si fuese posible que un pueblo, nacido bajo un sistema de intolerancia y de arbitrariedades, pudiese destruir este sin violencia ni locuras, la mitad de las objeciones contra el poder despótico se desvanecerian; tendríamos que confesar, por lo ménos, que no produce ningun efecto pernicioso sobre el carácter moral é intelectual del pueblo. Deploramos los excesos que acompañan á las revoluciones; pero su violencia es siempre medida por la ignorancia y ferocidad del pueblo, y esta lo es á su vez por la opresion y degradacion en que ha vivido. Aplíquese este raciocinio á la guerra civil inglesa. Los jefes de la Iglesia y del Estado recogieron el fruto de la semilla sembrada por ellos. Habian prohibido la libre discusion, habian procurado tener al pueblo ignorante de sus derechos y de sus deberes... la retribucion fué justa y natural. Si padecieron los efectos de la popular ignorancia, la culpa fué suya: fueron atacados con ciego furor por lo mismo que habian exigido una sumision ciega.

Es destino de tales revoluciones hacer sentir al principio cuanto tienen de peor; pues los hombres, hasta que han sido algun tiempo libres, ignoran el uso de su libertad. Los habitantes de los países en que se produce el vino son mas sobrios que los de aquellos donde es raro. Un pueblo, acabado de emanciparse, puede compararse á un ejército de Bárbaros del Norte, acampados en el Rhin ó en Jerez; los soldados empiezan por entregarse á la embriaguez; pero pronto la abundancia enseña la discrecion, y despues de recibir, durante algunos meses, una racion diaria de la peligrosa bebida, se abstienen mas de lo que se abstienen en su país. Así la libertad da por resultados definitivos y permanentes la prudencia, la moderacion, la humanidad: los resultados inmediatos son á menudo delitos atroces, errores contradictorios y funestos; esceptísimo en las cuestiones mas evidentes, dogmatismo en las mas dudosas. Sus enemigos se complacen en sacarla á relucir en este período de crisis; derriban la andamiada ántes que el edificio haya llegado á la mitad; muestran un torbellino de polvo, ladrillos que caen, salas desamuebladas, espantoso desorden en todo, y preguntan con aire de desprecio, dónde están esos esplendores prometidos, dónde el bien que se esperaba. Si semejantes sofismas prevalecieran, no habria en el mundo ni casa cómoda ni gobierno bueno.

Ariosto nos habla de una encantadora, que por la ley misteriosa de su naturaleza, estaba condenada en ciertos tiempos á aparecer bajo la forma de sierpe maligna; los que la ultrajaban entónces, se veían para siempre privados de sus beneficios; pero aquellos que, á pesar de su horrible aspecto, le concedian proteccion y piedad, cuando recobraba luego la forma celeste que le era natural, obtenian todo su favor; la encantadora guiaba sus pasos, cumplia sus deseos, llenaba sus casas de riqueza, y los hacia afortunados en amor y vencedores en la

guerra. Esta hada es la libertad. Por algun tiempo toma la forma de odioso reptil; se arastra, silba, muere; pero ¡ay de aquel que osa conculcarla! Los que aceptaron su terrible metamorfosis, serán recompensados en el día en que brille con toda su gloria y hermosura.

Para los males producidos por la libertad no hay mas que un remedio; la libertad. Cuando un preso que deja la cárcel no puede sufrir el esplendor del día, distinguir los colores ni reconocer los semblantes, el remedio no es encerrarle de nuevo en la prision, sino acostumbrarle á los rayos del sol. La doble luz de la libertad y de la verdad fácilmente deslumbra al principio y extravía á las naciones, cuya vista se debilitó en la vasta prision de la servidumbre; pero que levanten la cabeza, que la miren y pronto la soportarán. Al cabo de algunos años, los hombres aprenden á raciocinar, la extremada violencia de las opiniones se modera, las teorías hostiles se corrigen mutuamente, los elementos esparcidos de la verdad se reunen y armonizan, y surge del caos un sistema de justicia y de orden.

Muchos políticos modernos repiten como axioma, que á ningun pueblo se le debe dar la libertad hasta instruirle en el modo de hacer buen uso de ella. Máxima digna de aquel antiguo imbécil, que resolvió no entrar en el agua hasta saber nadar. Si se quiere que los hombres esperen la libertad hasta que se hayan hecho buenos y sabios en la esclavitud, bien pueden esperar eternamente.

Por eso no desaprobamos absolutamente la conducta de Milton y de los demas que, á pesar de la ridiculez y odiosidad que caracterizaba los actos de su fraccion, permanecieron firmes sostenedores de la causa de las franquicias públicas. No se reprendió al poeta, que sepamos, ninguna participacion personal en los reprobables excesos que se cometieron entónces; sus enemigos insisten en lo que hizo respecto al suplicio del rey. Nosotros reprobamos el suplicio de Carlos; sin embargo, para ser justos con los grandes hombres que concurrieron al famoso proceso, y especialmente con el gran poeta que los defendió en sus escritos, debemos decir que nada es mas absurdo que las imputaciones dirigidas contra los regicidas de ciento sesenta años á esta parte. Hasta aquí hemos evitado acudir á los primeros principios; pero ahora apelaremos á ellos, ateniéndonos al caso análogo de la Revolucion de 1688. ¿Qué diferencia esencial puede establecerse entre el suplicio del padre y la deposicion del hijo? ¿cuál es la máxima constitucional que se aplica al uno y no al otro? « El rey no puede hacer mal: » segun este axioma, Jacobo era tan inocente como Carlos. — « Los ministros son los responsables de los actos del príncipe: » si es así, ¿por qué no condenar á Jeffries y conservar á Jacobo? — « La persona del rey es sagrada: » — ¿fué considerada como sagrada la de Jacobo en la batalla de Boyne? ¿disparar contra el